

LA HOJA VOLANDERA

RESPONSABLE SERGIO MONTES GARCÍA

Correo electrónico sergiomontesgarcia@yahoo.com.mx

NO. 172

LA ESCUELA Y LA VIDA DEL NIÑO

John Dewey
1859-1952

John Dewey nació en la ciudad de Burlington, Estado de Vermont (Estados Unidos), el 20 de octubre de 1859. Estudió filosofía en la Universidad de Vermont y obtuvo el doctorado en esta disciplina en la Universidad John Hopkins, de Baltimore. Enseñó filosofía y pedagogía en varias universidades. Falleció en 1952.

Dewey es considerado el pedagogo más influyente de la educación contemporánea y el teórico más destacado del concepto de la "enseñanza por la acción". Severo crítico de la educación tradicional, Dewey propone una revolución por la que el niño se convierta en el centro de gravedad del hecho educativo. La escuela, explica, debe ser un grupo social en miniatura y sus métodos tienen que ser fundamentalmente activos, donde las lecciones de cosas dictadas por el maestro se substituyan por el trabajo del niño en el taller y el laboratorio y con los materiales e instrumentos que le permitan construir, crear e investigar activamente.

*Algunas de las obras pedagógicas más importantes de Dewey son: **Mi credo pedagógico** (1897); **La escuela y la sociedad** (1899); **Democracia y educación** (1916).*

En la conferencia anterior procuramos poner de relieve la relación existente entre la escuela y la más amplia vida social de la comunidad, y la necesidad de ciertos cambios en los métodos y

materiales de la labor escolar, para que ésta pueda adaptarse a las presentes necesidades sociales. Hoy deseo abordar el asunto desde otro punto de vista y considerar las relaciones entre la escuela y la vida y el desenvolvimiento del niño en la escuela.

Hace algunos años estuve buscando por los almacenes de material de enseñanza, pupitres y sillas que se adaptasen, desde todos los puntos de vista –artístico, higiénico y pedagógico–, a las necesidades del niño. Nos fue muy difícil encontrar lo que buscamos, hasta que, finalmente, un proveedor, más inteligente que los demás, hizo esta observación: "Siento no tener lo que ustedes necesitan. Desean algo para que el niño pueda trabajar y todos estos son para que escuche". Esto resume la historia de la educación tradicional. Lo mismo que el biólogo puede coger uno o dos huesos y reconstruir el animal entero, del mismo modo, si contemplamos un momento la escuela corriente, con sus filas de odiosos pupitres, colocados geoméricamente, muy juntos para que haya en el salón el menor movimiento posible, todos ellos casi del mismo tamaño, con el espacio justamente indispensable para poder colocar los libros, el papel y el lápiz, y con su mesa, sus muros desnudos, con alguna lámina a lo sumo, nosotros podremos reconstruir la única actividad intelectual que es posible en tales lugares. Todo está allí hecho "para escuchar", porque estudiar sencillamente las lecciones de un libro es solamente otro modo de escuchar; marca la dependencia de un espíritu respecto de otro. La actitud de escuchar significa, hablando comparativamente, pasividad, absorción; que hay allí ciertos materiales ya dispuestos, que han sido preparados por el superintendente de la escuela, por la Junta y por el maestro, y de los cuales el niño deberá adaptarse en la mayor cantidad y en el menor tiempo posible.



Noviembre 25 de 2003

Academia de Humanidades FES-Acatlán

En la escuela tradicional hay poco espacio para el trabajo del niño. Faltan siempre el taller, el laboratorio, los materiales y los instrumentos con los que el niño pudiera construir, crear e investigar activamente. Las cosas que pudieran hacer mediante estos procesos no tienen tampoco un lugar definitivamente reconocido en la educación. En los artículos de fondo de los periódicos, las autoridades les llaman diariamente, “labores de adorno”. Una señora me decía el otro día que había visitado diversas escuelas, buscando una en la que la actividad del alumno precediese a la información del maestro, o en la que el niño tuviese algún motivo para pedir informaciones. Visitó, según me dijo, veinticuatro escuelas diferentes, sin encontrar el primer caso. Yo puedo agregar que no hay ninguna en la ciudad.

Otra cosa que pueden sugerir esas escuelas y sus mesas-bancos es la de que todo está combinado para el mayor número posible de niños; para manejar a los niños en mesa, como un agregado de unidades; entendiéndose también que han de ser tratados pasivamente. En el momento en que los niños “hacen” se individualizan, cesan de ser una masa y se convierten en seres intensamente distintos que contemplamos fuera de la escuela: en el hogar, en la familia, en el campo de juego y en la vecindad que nos rodea.

Sobre la misma fase puede explicarse la uniformidad de métodos y programas. Si todo se concibe sobre la base de “escuchar” puede haber uniformidad de material y de métodos. El oído y el libro que refleja lo que se oye constituyen el medio suficiente para todo. No hay después ninguna oportunidad para la adaptación a las diversas capacidades y demandas. Hay una cierta cantidad – una cantidad fija– de resultados y adquisiciones ya dispuestas para que los niños puedan adquirirlas en un tiempo dado. En respuesta a esta exigencia es como se ha desenvuelto el programa desde la escuela elemental hasta el colegio. Se parte del conocimiento deseable que hay justamente en el mundo y de las correspondientes necesidades

técnicas que deben realizarse. Surge entonces el problema matemático de dividir esto por los seis, doce o dieciséis años de vida escolar. Entonces, dando al niño cada año exactamente la fracción proporcionada del total, acabarán con el tiempo por dominar el conjunto. Haciendo tanta marcha durante una hora, un día o una semana, todos llegan con perfecta uniformidad al fin, con tal que los niños no olviden lo que van adquiriendo. El resultado de todo esto es la orgullosa afirmación que, según nos cuenta Mattheu Arnold, le hizo una autoridad pedagógica de Francia, de que tantos millares de niños estaba estudiando a una hora determinada, por ejemplo, a las once, tal lección justamente de geografía, y en una de las nuestras occidentales gustaba al superintendente repetir sucesivamente a los visitantes esta orgullosa afirmación.

Puedo haber exagerado algo para poner bien de relieve las bases típicas de la antigua educación: la pasividad de su actitud, su mecánico manejo del niño y su uniformidad de programas y métodos. Puede resumirse bajo la afirmación de que el centro de gravedad cae fuera del niño. Está en el maestro, en el libro de texto, en cualquiera y en cualquier parte, excepto en los instintos y actividades inmediatas del niño mismo. Sobre esas bases poco hay que decir acerca de la vida del niño. Puede decirse mucho acerca del estudio del niño, pero la escuela no es el lugar donde el niño vive. Ahora bien, el cambio que sobreviene en nuestra escuela es el traslado del centro de gravedad. Es un cambio, una revolución, muy semejante a la introducida por Copérnico, trasladando el centro de gravedad de la Tierra al Sol. En este caso el niño se convierte en el Sol, hacia el cual se vuelven las aplicaciones de la educación; él es el centro respecto del cual se organizan.

Si tomamos un ejemplo de una casa ideal, en la que el padre es lo bastante inteligente para reconocer lo que es mejor para el niño, y es capaz de proporcionarle lo que necesita, veremos que el niño aprende, mediante la conversación social y la constitución de la familia.

Fuente: John Dewey. “La escuela y la vida del niño” en *Clásicos de la pedagogía*. Antología preparada por Sergio Montes García. México, UNAM-Acatlán, 2003, pp. 242-244.